

Aprendiendo a tocar

Reflexiones sobre la exposición Sentir para ver. La Galería Táctil del Museo del Louvre en el Museo Nacional

Por: Olga Isabel Acosta Luna *

La visita a un museo suele ser, sobre todo, una experiencia visual. Desde su entrada, en lugares como el vestíbulo o la taquilla, el visitante se enfrenta a diversos mensajes que deben ser vistos y leídos, y ya en las salas de exposición se encuentra con obras dispuestas principalmente para ser observadas. Esta circunstancia conlleva, inevitablemente, a la exclusión del visitante en situación de discapacidad visual de los espacios museales, quien a su vez percibe el museo como un lugar extraño, lleno de cuadros, pinturas y esculturas inaccesibles. Sin embargo, si no es por medio de la vista, ¿cómo dar a conocer a través de otro sentido las piezas que expone un museo?

Preguntas semejantes tuvo que plantearse el equipo del Museo Nacional de Colombia¹ encargado de la planeación de la exposición Sentir para ver. La Galería Táctil del Museo del Louvre en el Museo Nacional, abierta al público desde el 20 de noviembre del 2008 hasta el 22 de Febrero de 2009². La posibilidad de formular una propuesta curatorial y museográfica destinada a todo tipo de público, pero principalmente a los visitantes en situación de discapacidad sensorial, cognitiva y física se nos presentaba como la ocasión para crear un laboratorio de experimentación provisional que se materializaría durante tres meses. Desde el comienzo de la planeación, sabíamos que la exposición contaría con dieciséis réplicas de obras escultóricas grecorromanas e inspiradas en modelos clásicos, piezas que el Museo del Louvre, a través de su Galería Táctil, daría en comodato al Museo Nacional durante el tiempo de la muestra. Esta galería es una pequeña sala de exposición en el museo francés donde los visitantes pueden tocar las piezas expuestas, réplicas de esculturas en su totalidad. En esta sala el visitante encuentra un espacio accesible, de fácil movilidad, con muebles especialmente diseñados para que niños, personas de baja

estura y en silla de ruedas puedan acceder a tocar las piezas. Allí, los visitantes tienen también acceso a la información en braille y textos en alto contraste y de gran formato para personas de baja visión.

Así, el contar con piezas que podían ser tocadas nos brindaba la posibilidad de ampliar en la exposición del Museo Nacional las oportunidades sensoriales ofrecidas al público durante su visita, lo que significaba brindarle no sólo experiencias visuales, sino también táctiles. Como ocurre con la vista, el tacto cuenta con su propia historia en los espacios museales. En contraposición a la vista, el tacto es el sentido que generalmente debe cegarse durante la visita a una exposición. Las salas de exposición de algunos museos nacionales e internacionales poseen aún avisos donde está escrito “Prohibido tocar” o “Por favor no tocar”, alertando al público que las obras expuestas sólo están ahí para ser vistas. Naturalmente, la conservación del patrimonio y de las colecciones que albergan los museos implica tomar medidas y normas de prevención y conservación para el cuidado de las piezas, entre las cuales el tocar está restringido a especialistas, quienes a su vez deben manipularlas con la mayor cautela. Por esta razón, son las réplicas y no los originales, las piezas que son ofrecidas para que todo tipo de público las pueda tocar.

El hecho de tener la posibilidad de exponer piezas para ser tocadas nos presentaba diversos cuestionamientos. ¿Acaso se trataba de reemplazar la vista por el tacto, o de aumentar la oferta sensorial para así ofrecerle a todo tipo de público una experiencia más amplia, donde el tacto ofreciera otra suerte de conocimiento y de disfrute? ¿Cómo crear un espacio incluyente para la población en situación de discapacidad sin ser excluyente con otros grupos de visitantes? La exposición debía ser una muestra dirigida a toda clase de público, dentro del cual debíamos privilegiar a aquel en situación de discapacidad sensorial, cognitiva y física, mas no apartarlo en un lugar diseñado especialmente para él. Por ende, tampoco era viable un espacio solamente pensado para beneficiar un tipo de discapacidad, la visual, a pesar de ser la más excluida en los espacios culturales.

Decidimos, así, que si bien la exposición debía ser una experiencia táctil, ésta no excluiría la visual, de tal manera que consideramos adecuado y propicio proponerle al espectador una experiencia en torno a los diferentes tipos de percepción y en particular entre la visual y la táctil. Esto significaba que, para el caso de las piezas colombianas, el espectador tendría la posibilidad de observar los originales y de tocar sus réplicas realizadas exclusivamente para la exposición. Las copias reproducirían las formas, los volúmenes, los materiales, las texturas y en ocasiones el mismo tamaño de los originales, mas no su

color. No se trataría de falsificaciones sino de copias que, gracias a su color blanco, neutralizarían la información visual y le permitirían al vidente tener una experiencia táctil más independiente. A su vez, el color blanco, al hacer visible con mayor facilidad las transformaciones propias del contacto físico, podría propiciar un efecto pedagógico en el público sobre las razones para restringir la manipulación de las obras originales en los museos. Tanto el espacio como la información debían ser accesibles; por ende, se pensó en un espacio de fácil movilidad donde el recorrido estuviera señalado por un tapete y se diseñaron muebles especiales para que los niños, las personas de baja estatura y en silla de ruedas pudieran también gozar de esta experiencia. A su vez, la información debía ser brindada en braille, lenguaje de señas, audio y macro texto. Igualmente, se escogieron el gris y el blanco como los principales colores de la muestra para así crear el contraste necesario que hiciera accesible la exposición a personas de baja visión.

Optar por una experiencia donde fuera “Permitido tocar” no significaba solamente liberarnos de las prohibiciones corrientes de un museo, sino ofrecerle al público la posibilidad de que al tocar tuviera un acercamiento a otro tipo de conocimiento, y con ello validar la importancia de otras experiencias sensoriales en el museo. Desde el día de la inauguración nos dimos cuenta de que aquellos que vemos, generalmente, estamos también en situación de discapacidad. Desconocemos cómo tocar y, sobre todo, para qué tocar. Algunos visitantes se acercaban curiosos a las fichas en braille para rozarlas y ponían sus manos sobre las réplicas sin saber muy bien adónde dirigir las; por el contrario, los visitantes que usualmente estaban en situación de discapacidad en aquellos espacios habituales del museo, eran capaces de acceder inmediatamente a través de sus manos a la experiencia propuesta. Durante los meses de la exposición, los visitantes pudieron realizar su visita con tapajos ofrecidos por los monitores que se encontraban en la sala; de esta manera, observamos que los videntes, al dejar de ver, podían tener a través del tacto una experiencia más independiente que cuando tenían descubiertos los ojos. Así, y como tantas veces nos lo aclararon personas vinculadas con instituciones relacionadas con la discapacidad, cualquiera que ésta sea, la discapacidad es ante todo una situación determinada por un contexto específico que impone ciertas condiciones que pueden convertirse en barreras para algunos individuos.

La experiencia de la exposición Sentir para ver ha sido un primer laboratorio que buscará reflejarse en otros espacios del Museo Nacional, donde esperamos no sólo incluir la percepción táctil como un componente fundamental de la visita al museo, sino también una gama más amplia de experiencias sensoriales como la auditiva, gustativa y olfativa. De esta manera, el compromiso y la obligación que los espacios culturales en Colombia tienen con la población en situación de discapacidad física, cognitiva y

sensorial puede convertirse, además, en una oportunidad y en un reto para reflexionar acerca de las lógicas y políticas curatoriales, museográficas y pedagógicas que generalmente ofrecen los museos.

La exposición Sentir para ver es una reflexión sobre la percepción y principalmente, sobre el papel que han cumplido la percepción visual y el tacto en diferentes momentos de la historia ante lo que hoy denominamos obras de arte. Para ello, las dieciséis réplicas prestadas por el Museo del Louvre han permitido incluir en esta reflexión la estatuaria grecorromana. Dentro de ellas se encuentran copias completas y fragmentos en diferentes tamaños de la legendaria Venus de Milo, del Gladiador Borghese y del Laocoonte, entre otras. Estas réplicas dialogan en la exposición con obras colombianas que abarcan desde la época precolombina hasta el siglo xx y de las cuales se han realizado réplicas y reproducciones que respetan el material de la pieza original.

La exposición está dividida en tres espacios. El primero, “Sacralización de los sentidos”, aborda cómo el ver y el tocar objetos e imágenes propios de ámbitos sagrados y rituales han funcionado de formas diferentes en diversas culturas, creencias y épocas. El segundo, “Entre lo público y lo privado”, plantea cómo el ver y el tocar una pintura o una escultura son acciones que están determinadas en gran medida por el lugar donde se encuentran las obras, sea éste un espacio público o uno privado. Por último, “Copias para ver y educar” se concentra en una reflexión sobre la copia y la réplica en el arte y cómo gracias a las reproducciones ha sido posible en esta ocasión que el visitante pueda tocar las obras que están expuestas.

Notas

1 El equipo estuvo integrado por Olga Isabel Acosta, área de curaduría; Carolina Mendoza, área de museografía; Fabio López, área educativa y Philippe Maffre, asesor general del proyecto.

2 Desde 1999, el Museo Nacional comenzó a dar los primeros pasos para convertirse en un lugar accesible a todo tipo de público a través del proyecto Museo a la vista de todos, dedicado especialmente a las personas en situación de discapacidad visual. Desde el año 2007 se ha venido desarrollando el “Plan Piloto de Accesibilidad”, con el cual el Museo busca atender a los derechos de la población en situación de discapacidad consignados en la Ley 361, en la Constitución Nacional y en las normas Icontec sobre accesibilidad. La exposición Sentir para ver es el primer paso dentro de este proyecto.

** **Olga Isabel Acosta** es Diseñadora Gráfica y Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia y Doctora en Historia del Arte de la Universidad Técnica de Dresde. Desde el año 2008 se desempeña como asistente de la Curaduría de Arte e Historia del Museo Nacional de Colombia. Curadora de la exposición Sentir para ver por parte del Museo Nacional de Colombia. Escribió este texto para la Agenda Cultural.*